

alguno, á fin de combatir un error semejante, todo el episcopado mexicano, elevó exposiciones al Emperador, demostrando con razones muy sólidas, que ni habia la necesidad que se suponía, ni convenia en manera alguna esa mezcla de cultos en México como no conviene en ninguna parte; pero el gobierno imperial guardó silencio sobre la representacion de los príncipes de la Iglesia mexicana, así como se hizo sordo á las razones con que la Corte de Roma le desaprobó su conducta y lo llamaba al buen camino, unas veces con la voz tierna y amorosa de un padre, y otra con la protesta formal de la autoridad.

Para completarse el ministerio, se encargó la cartera de gobernacion al Sr. D. José María Cortés Esparza, tambien de ideas liberales; y aun sorprendió mas el que se nombrara ministro de Instruccion pública á D. Manuel Siliceo, á quien se habian sorprendido poco antes unas cartas, que demostraban su connivencia con D. Benito Juárez.

A los desaciertos que el Gobierno Imperial hacia por sí, se unian las dificultades que Francia le creaba en su calidad de aliada y protectora. Viendo el Emperador, que la situacion militar era cada dia mas mala, y que el mariscal Bazaine no daba paso á la formacion del ejército nacional que era tan indispensable, resolvió el 5 de Mayo encargar de ella al general austriaco Conde de Thun, quien dió algunos pasos al efecto; pero el mariscal Bazaine, firme en su propósito de tener al Imperio sin una fuerza propia en que apoyarse, mandaba quitar toda la gente que se alistaba, con pretexto de necesitarla para sus expediciones; y viendo el Conde de Thun, la imposibilidad de cumplir su encargo en vista de la mala fé del gefe francés y de la debilidad del Gobierno Imperial para reprimirla, abandonó la empresa, y el gobierno siguió careciendo de su ejército.

En cuanto á las reclamaciones hechas por subditos franceses, no eran menos las exigencias y la injusticia del gobierno francés: mucho tiempo pasó en México el Marqués de Montholon, sin que pudiera concluir ese punto, hasta que el Emperador manifestó su intencion de no entenderse con él, encargando á su ministro en Francia que concluyera este negocio. Pero para formar idea de las avanzadas pretensiones del gobierno francés, bastan estas líneas que tomamos del Sr. Arrangois, hablando sobre las dificultades que tuvieron el Sr. Ramirez ministro mexicano y el Marqués de Montholon.

«Para ser justo debo decir, que bien se necesitaba tener calma y ser inalterable como Ramirez, para leer y tratar sobre las reclamaciones de los franceses: uno pedía treinta mil pesos porque habia abandonado su giro á causa de la prolongacion de las guerras civiles: otro catorce mil por efectos robados en el camino; quien tres mil por la enfermedad de una francesa; causada porque se habia asustado en una revolucion: otros reclamaban cerca de trescientos mil pesos pagados ya por el anterior tratado con Francia. Muchos se habian propuesto hacer fortuna grande y de un golpe con injustificables ó exageradísimas reclamaciones; así es, que apesar de haberse acogido por la comision francesa varias que no eran muy fundadas, solo ascendieron hasta el 27 de Junio á 3.169,171 las admitidas: las desechadas á 7.920,930.»

Otra de las miras de Napoleon y de los grandes políticos de Francia respecto de México, fué como ya hemos visto antes, apoderarse del Estado de Sonora, cuya riqueza tenia en Europa una crecida fama. Las primeras tentativas hechas directamente con este objeto, no produjeron el resultado que se esperaba para Francia; y entonces Napoleon tomó por su cuenta apoyar un proyecto de colonizacion presentado por el Dr. Gwin, ame-

ricano de los Estados del Sur. Este proyecto no podia menos que sufrir grande alarma en México, recordando la triste historia de Texas; pero Napoleon veia en él un medio de realizar sus miras, y primero lo presentó al ministro mexicano en Francia diciendole que lo presentaba solo para recomendarlo; y despues dió orden expresa al mariscal Bazaine para que lo apoyara. La prensa de México atacó el proyecto con un patriótico celo muy digno de elogio; y por este acto de justicia, el mariscal mandó reducir á prision á los directores de cinco periódicos, que mas vivamente hicieron la defensa de la integridad del territorio nacional amagada con el proyecto del Dr. Gwin.

El Emperador Maximiliano manifestó al gefe francés el desagrado que le causaba su conducta; pero no teniendo resolución suficiente para quitar á su gobierno de aquella dura y perniciosa tutela, se conformó con mandar á Europa á un miembro de su gabinete particular para que agenciara el relevo de Bazaine, encargo con que ya desde antes habia ido á Francia el general Woll. Mas ninguno consiguió su objeto; y es inexplicable, como apesar de tan amargos desengaños como el Emperador tenia de los franceses, aun se empeñaba en estar bajo su dominio, pues no estando aun provisto el ministerio de hacienda, lo pidió á Napoleon, quien nombró para este encargo á Mr. Langlais, cuyo nombramiento no servia sino para aumentar las dificultades del gobierno y ayudar á minar sus cimientos.

No fué menos inconsecuencia, de parte del Emperador Maximiliano, haber regalado al mariscal Bazaine, el palacio de Buena Vista situado en la ribera de San Cosme en México, el dia que se casó con la Srta. Josefa Peña y Azcarate, pues era notable la mala conducta del mariscal en México; y cuando el mismo Emperador se queja-

ba de ella y aun tenia dos comisionados en Europa para pedir su separacion del mando del ejército en México, no se comprendé cómo le hacia un regalo como reconocimiento de los interesantes servicios prestados á la patria. Esta conducta inexplicable desagradaba á todos, y los mejores servidores del Imperio se separaban de un gobierno, que no sabia estimar los sacrificios hechos en su favor, cuando todo lo volvia estéril con aquella inaudita política. Entre todas las separaciones, se hizo muy notable la del Sr. D. Antonio del Moral, Prefecto Superior de Morelia, que con fecha 30 de Junio escribió al Emperador la siguiente carta.

«Señor: la política que V. M. ha tenido á bien establecer en su gobierno, no ha logrado el objeto que al adoptarla se habia propuesto V. M. Al contrario, los pueblos la han visto con gran desconfianza; y la revolucion, es decir, los liberales, con manifiesto desprecio. Apagado ya el fuego del entusiasmo, han vuelto las poblaciones á caer en la indiferencia, y no tardarán mucho en pasar en sentimientos de odio contra el gobierno. El partido revolucionario, despues de haber visto reconocidos sus títulos de un modo explícito por V. M. desprecia las concesiones, porque, en buena lógica, las considera como justas reparaciones; marcha á su fin, nada lo detiene, indubitablemente triunfará en este departamento; y no porque sea fuerte con las armas: su fuerza consiste en la debilidad del gobierno, el cual no tiene ideas fijas, no hay armonia en sus disposiciones; faltan en todo la oportunidad y la unidad de accion; en una palabra, Señor, hay desacuerdo entre la inteligencia superior que dirige la voluntad firme que decide y la mano vigorosa que ejecuta. La inevitable consecuencia de todo esto es el caos, y tal es el estado del departamento de Michoacan.

«Presento, pues, á V. M. por la cuarta vez mi renuncia

de esta prefectura política: creo que debo, como autoridad y como leal caballero, manifestar todo lo que he dicho con entera franqueza, suplicando á V. M. que tenga á bien admitirla, aunque no sea mas que para libertarme del ridículo que les está reservado á los funcionarios públicos de este desgraciado departamento.»

Lo que el digno Sr. Mora decia con tan heroica franqueza, era cierto: la conducta del gobierno habia hecho llegar á tal grado el disgusto de la sociedad, que ya no veia con agrado, ni algunas medidas buenas y que eran de vital importancia: y esto, no era porque fuera injusta, sino porque esas medidas eran estériles faltando la base fundamental de una buena administracion; eran como unas sólidas paredes edificadas sin cimiento, y no solo eso, sino edificadas en el aire.

De las medidas á que me refiero son las siguientes: una, la de establecer una buena y justa relacion entre los dueños de fincas de campo y los desgraciados jornaleros que las sirven, pues por mas que se diga, ese es un grande abuso y una de las fuentes del estado de atraso en que se encuentra el país. Este mal existe; y unos gobiernos se han desentendido de él; á la vez que otros, con pretexto de remediarlo, no han hecho sino aumentar los males, porque han atropellado los principios fundamentales de la justicia. La otra era, la de poner en relacion la masa de la poblacion nacional, con el territorio; para que los productos del suelo fueran proporcionados al número de habitantes que deben alimentar. Sobre esto, pensó muy seriamente y con mucho acierto la Emperatriz, esa muger notable, que entre grandes defectos, abrigaba el mérito de tener un gran talento y una penetracion rara. Ella decia en una carta de 31 de Agosto de 1865: «He desarrollado las teorías sociales sobre las causas de las revoluciones de México, que han procedido de minorías

turbulentas apoyadas sobre una gran masa inerte; sobre la necesidad de devolver á la humanidad millares de hombres, cuando se llama de tan léjos la colonizacion; y de hacer que cese una llaga á que la independecia no habia traído sino un remedio ineficaz, puesto que haciendo ciudadanos de hecho á los indios, sin embargo han quedado en una abyeccion desastrosa.»

Entónces se censuró acremente este gran pensamiento de la Emperatriz, y despues ha sido calificado muy desfavorablemente, por un respetable escritor; pero la verdad es, que la Emperatriz con su admirable penetracion, habia puesto el ojo en la llaga; y su claro talento, indicaba el remedio. Pero ya he dicho, que estas medidas aisladas, no solo de nada servian, pero ni aun podian practicarse, faltando al gobierno la base de una buena administracion, pues la que existia era tan defectuosa, como la pintó con sobrada exactitud el Sr. Moral, Prefecto de Morelia, lo cual es un resumen completo de la historia del gobierno del segundo Imperio, y esto nos excusa de prolongar mas esta relacion, que no hacia sino repetir hechos de la misma naturaleza y que todos en conjunto confirman lo que dejamos dicho al principio; que sus dias fueron pocos y malos.